

Esta exposición, que puso en escena distintos discursos sobre el espacio, nos revela que los esfuerzos por dotar a la geografía de un marco teórico consistente sobre la naturaleza del espacio han sido ingentes y fructíferos, aunque no se puede ignorar que se está lejos de la unanimidad en la materia o de un particular dominio paradigmático; por el contrario, la confrontación teórica es la norma. La importancia de tales logros se debe medir por el impacto que tengan sus formulaciones teóricas en la consolidación de la geografía como práctica científica, y en sus aportes a la teoría social contemporánea, urgida de comprender e incorporar el espacio en el núcleo de su pensamiento, para superar las interpretaciones sesgadas y parciales de la realidad social.

La geografía ha hecho un giro epistemológico considerable, y de su simpatía por las explicaciones fundamentadas en la lógica de las ciencias naturales ha pasado a preferir las interpretaciones guiadas por la lógica de las ciencias sociales, que en los tiempos que corren beben en las fuentes de las humanidades.

La condición de viudez espacial que le endilgara Milton Santos ha sido superada por la geografía en corto tiempo, pero pocos se han dado cuenta del asunto. En los años setenta a los geógrafos se les reprochaba por teorizar poco; ahora son muchos quienes se sienten incómodos con el abundante y novedoso lenguaje del discurso sobre el espacio. Este discurso cargado de confusos e incomprensibles tropos, hace que legos y entendidos coincidan en que se ha erigido una torre de Babel en la que la incomunicación y la incomprensión entre los distintos campos de especialización geográfica amenazan con incrementar la fragmentación de la disciplina.

Pero los geógrafos no podemos esperar cosas distintas; uno de los riesgos del giro epistemológico enunciado tiene que ver con el abandono de las certezas y los

criterios de definición de lo “verdadero”, tan comunes en las ciencias naturales y en los enfoques positivistas y marxistas de las ciencias sociales. Como no hay patrón de verdad en las ciencias sociales contemporáneas, los geógrafos debemos acostumbrarnos a la rutina de las que Habermas denominó las ciencias de la discusión.

La geografía sigue buscando, como en el pasado, fundamentos teóricos en otras disciplinas; pero los geógrafos no podemos olvidar que las aventuras interdisciplinarias que a menudo se emprenden no se pueden seguir haciendo con las alforjas vacías, porque en casa hay mucho que aprender para compartir con los “otros”: sociólogos, antropólogos, economistas, urbanistas..., en la búsqueda de comprensión de la dinámica social. De lo contrario se corre el riesgo de ser colonizados discursivamente por quienes, desconociendo a la geografía, ahora se erigen como los iluminados pensadores del espacio. Tal vez todavía sea válido el consejo que el historiador Luciano Febvre impartía en 1922 en su libro *La tierra y la evolución humana*: “*La Geografía es preciso buscarla donde, sin duda alguna, se encuentra: en los geógrafos*”.

Pensar y teorizar sobre el espacio es para los geógrafos su segunda oportunidad sobre la tierra, ahora que el espacio es importante para la teoría social. Pero dicha tarea no puede interpretarse como que la geografía reclame para sí el ser la ciencia del espacio, o que internamente sea posible desarrollar un discurso coherente, propio y exclusivo de una determinada tendencia. El espacio, en los tiempos que corren, es demasiado importante como para dejárselo sólo a los geógrafos, para expresarnos en términos similares a quienes negaron en el pasado reciente que la economía era sólo para los economistas. La reflexión disciplinaria ha de continuar, sin duda, pero con el objetivo más amplio de contribuir a la construcción de una teoría social que supere la fragmentación de las ciencias sociales y que nos acerque más a la comprensión del mundo. La realidad social es una totalidad compleja y no puede ser abordada con teorías simples y simplificadoras. Como recomienda Morin, los problemas complejos se deben abordar con soluciones complejas. La geografía siempre ha tenido una vocación de ciencia compleja, y esta condición, en el momento actual, la hace más interesante y posiblemente más útil.